

APORTES DE MIGUEL RODRIGUEZ FERRER A LA ANTHROPOLOGIA CUBANA

En el año de 1843 llegó a Cuba el científico español Miguel Rodríguez Ferrer (1815-1889), comisionado por el gobierno de Madrid para «recorrerla y estudiarla». Entre sus numerosas publicaciones, producto de sus variados estudios en ultramar, hay que destacar su *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*, editada en dos volúmenes en 1876-1877, obra en la que no sólo estudió la naturaleza de la isla, sino también sus aspectos sociales y económicos (1).

Uno de los temas que con más pasión abordó el investigador sevillano fue el de la arqueología y la antropología, con objeto de tratar de llenar el vacío existente en la historia cubana «con anterioridad a la española raza que conquistó a este hermoso país y de nuevo lo pobló». Rodríguez Ferrer fue el primer científico que recolectó piezas arqueológicas de importancia en Cuba, entre ellas las vistosas hachas petaloides de la cultura taína, las denominadas vulgarmente *pedras de rayo*, de las que oyó hablar por primera vez en la ciudad de Bayamo. Asimismo, descubrió los primeros cráneos deformados correspondientes a los grupos aruacos y, en el sur de la actual provincia de Camagüey, una mandíbula humana muy mineralizada que se conocería en lo sucesivo como *mandíbula de Puerto Príncipe*. Tanto estos cráneos de Maisí como la mandíbula de Puerto Príncipe fueron estudiados posteriormente por el sabio naturalista cubano Felipe Poey Aloy y por un grupo de naturalistas madrileños, lo que sirvió de punto de partida de los trabajos antropológicos sobre Cuba. Aún hoy, transcurrido más de un siglo de los trabajos de Rodríguez Ferrer y Poey, encontramos en sus obras y documentos apuntes sugerentes sobre arqueología y antropología cubanas (2).

(1) Manuel RODRÍGUEZ FERRER, *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*. 2 vols., Madrid, 1876-77.

(2) Manuel RIVERO DE LA CALLE, "Localización de la Cueva del Indio, de Rodríguez Ferrer (1847), en Maisí, provincia de Guantánamo", *Revista El Yunque*, año 1, nº 1, Baracoa, 1980, págs. 13-19, y "Estudio de la calvaria taína hallada por Rodríguez Ferrer en 1847", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 69, 3.^a época, vol. xx, nº 2, La Habana, 1978, págs. 89-116.

En relación al hallazgo de los cráneos deformados en la llamada cueva del Indio, en Maisí, Rodríguez Ferrer apunta que se encontraba en Baracoa cuando escuchó las primeras noticias:

Aquí me encontraba, cuando oí hablar por primera vez a los amigos..., de unos cráneos singulares, (carabelas llamábalas el vulgo) que no tenían particiones o suturas, según decían, y que habían traído allí en pasados tiempos de una cueva situada, no en la costa, sino en el interior por el puerto de Mata, aunque se encontraban también otras con huesos, caminando hacia la corona de Maisí en la propia costa, si bien ya bañadas por las aguas del mar cuyo acceso se hacía por esta causa casi imposible; y que sólo sería practicable, aunque muy difícil, el visitar la interior, que llamaban la Cueva del Indio (3).

A pesar de todas las molestias que el viaje representaba, Rodríguez Ferrer organizó una expedición hasta el lugar con el deseo de realizar un reconocimiento previo del terreno, y de estudiar por él mismo la situación y forma en que pudieran hallarse los cráneos. La llegada a la cueva y todas las investigaciones realizadas por Rodríguez Ferrer pueden leerse en su obra, así como en los documentos complementarios que aparecen en la misma. Igualmente el investigador español recoge en el texto las observaciones y estudios realizados por Poey, quien de esta forma inicia en Cuba los estudios craneológicos, publicando en el año 1865 la descripción de uno de los cráneos recolectados en la referida espelunca.

Entre los estudios realizados sobre este importante material antropológico hay que destacar el del naturalista matancero Juan Bautista Michelena Zubieta, quien en 1890 presentó en la Universidad de La Habana una tesis para graduarse como doctor en Ciencias Naturales en la que aporta interesantes datos históricos. Asimismo demostró algo que hasta entonces había sido puesto en duda por otros investigadores, como era que la deformación cefálica que se practicaba entre nuestros indios afectaba a individuos de ambos sexos y no sólo a los miembros importantes de la comunidad como el acique o el behique (4).

Resulta también oportuno señalar que en 1865, cuando el

(3) RODRÍGUEZ, [1].

(4) Juan Bautista MICHELENA Y ZUBIETA *Contribución al estudio de la antropología cubana*. Craneológico de un indio caribe. Presentado a la Facultad de Ciencias para optar al grado de doctor en la Sección de Naturales. Universidad de La Habana, La Habana, 1840.

médico francés Henri J. Dumont viene a vivir a Cuba, se inicia el estudio antropológico y médico de los negros esclavos. Para dar a conocer los resultados de su investigación, Dumont preparó su trabajo *Antropología y Patología comparadas de los negros esclavos de Cuba*, que fue publicado en 1916 por Fernando Ortiz, en traducción realizada del francés por Israel Castellanos (5). Los originales fueron hallados en 1974 por Rivero de la Calle entre los fondos documentales de Felipe Poey, conservados en la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana. En ellos se encontró un estudio que el médico francés había realizado comparando uno de los cráneos taínos de la cueva del Indio, con uno europeo y otro negroide. Seguramente este material iba a formar parte de la obra ya mencionada, pero por motivos que desconocemos no fue incluida. Fue publicado en 1976 por Rivero de la Calle y Collado, como uno de los primeros trabajos de antropometría comparada del Caribe (6), y las fotografías correspondientes, en 1981, por el primero de los autores señalados (7).

Queda aún por estudiar y publicar el conjunto de notas y esquemas realizados por Felipe Poey sobre los cráneos de la cueva del Indio, así como la investigación antropológica de uno de los cráneos llevados por Rodríguez Ferrer a Madrid, localizado por el dominicano Plinio Pina Peña y estudiado por Rivero de la Calle en 1983 y por Miguel Angel Puig-Samper y M.^a Dolores Marrodán en 1984.

También queremos destacar que en relación con los cráneos deformados, la colección más completa se encuentra ubicada en los fondos del Museo Antropológico Montané, que además atesora un conjunto de materiales de la antigua Academia de Ciencias y de otras instituciones científicas ya desaparecidas. En total la colección es de veinticinco ejemplares, entre los que se destaca un cráneo infantil de unos diez años, estudiado por Rivero de la Calle en 1980, junto a otro casi idéntico en su tipología y edad, que pertenece a la colección del Museo Baní, en Banes, provincia de Holguín (8). En ese trabajo, Rivero presentó un extenso estudio

(5) Henri J. DUMONT *Antropología y Patología comparadas de los negros esclavos en Cuba*. La Habana, 1922.

(6) Manuel RIVERO DE LA CALLE y O. COLLADO, "Reporte sobre las primeras mediciones craneométricas de tipo comparativo realizadas en Cuba", *Revista Ciencias*. Serie 9, Antropología y Prehistoria, nº 6, La Habana, 1976, págs. 3-27.

(7) Manuel RIVERO DE LA CALLE "Las primeras fotografías científicas en Cuba", *Revista Juventud Técnica*, nº 163. La Habana, 1981, págs. 52-55.

(8) Manuel RIVERO DE LA CALLE "Estudio de los cráneos infantiles de la cultura ceramista de Cuba", *Cuba Arqueológica II*. Santiago de Cuba, 1980, págs. 138-162.

bibliográfico sobre estos materiales y sobre la polémica que se produjo tanto en Cuba como en Madrid en relación al tipo de deformación —natural o artificial— de dichos cráneos. Pudo demostrarse, como ya había anticipado Felipe Poey en 1849, el carácter artificial de la deformación.

Este tema fue analizado nuevamente por Miguel Rodríguez Ferrer con ocasión del Cuarto Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Madrid en 1881, en su importante trabajo *De los terrícolas cubanos con anterioridad a los que allí encontró Colón, según puede inferirse de las antigüedades encontradas en esta Isla* (9). Hay que añadir que en esta publicación el autor recogía las ilustraciones preparadas por F. Kraus, de Madrid, sobre los dos cráneos llevados por el investigador a España, uno de los cuales se conserva en la actualidad en el Museo Nacional de Etnología.

La otra contribución importante de Miguel Rodríguez Ferrer a los estudios de la antropología cubana es la que se refiere, como ya hemos indicado, al descubrimiento de la denominada mandíbula de Puerto Príncipe. En su obra de 1876, el autor relata con todo tipo de detalles el recorrido realizado por una serie de haciendas y terrenos pantanosos, así como el motivo que le impulsó a emprender dicha excursión por la costa sur de la provincia de Camagüey (10). Según Rodríguez Ferrer, en junio de 1847 recibió una interesante carta del joven P. Santacilia, en la que le informaba de la existencia de un cementerio indio en la hacienda nombrada Santa María en la que se habían encontrado varios esqueletos, «algunos de gran talla». Asimismo, Santacilia animaba al sabio geógrafo a dedicarse al estudio de estos nuevos materiales antropológicos:

He creído deber hacer estas observaciones para suplicar a Ud. en nombre de la civilización, se dedique a estas indagaciones, útiles a todas luces por los conocimientos que pueden proporcionarnos. Afortunadamente, la civilización tiene en Ud. uno de sus más laboriosos y entendidos apóstoles, y yo confío en que esas circunstancias quedarán suficientemente aclaradas y que sacaremos de ellas todo el partido posible.

El propio Rodríguez Ferrer, en su citada obra de 1876, explica

(9) Miguel RODRÍGUEZ FERRER, "De los terrícolas cubanos con anterioridad a los que allí encontró Colón, según puede inferirse de las antigüedades encontradas en esta Isla", *Actas del IV Congreso Internacional de Americanistas*, Madrid 1982, t. I, págs. 224-267.

(10) RODRÍGUEZ [1].

cómo en una nota publicada en el tomo 17 de las *Memorias de la Sociedad Económica de La Habana* de 1843 (pág. 457), ya se había publicado con anterioridad el hallazgo de las osamentas del sur de Puerto Príncipe, por lo que le extraña que nadie hubiese tomado interés por el asunto antes del redescubrimiento de Santacilia, quien pudo haberse enterado a través de dichas memorias. Rodríguez Ferrer organizó una expedición a la referida hacienda de Santa María con la ayuda de varios prácticos, quienes le llevaron hasta el lugar exacto del hallazgo, denominado Caney de los muertos.

Se me había dicho, que allí existían muchos esqueletos, y entre ellos uno que llamaba la atención por su magnitud, el que con otro de un niño habían visto enteros... descansando sobre un pavimento de *hormigón*, D. Ramón Suárez y otros vecinos de Puerto Príncipe. Empero yo no encontré más que un simple *cayo*... Sobre él, ya no aparecía suelo de ningún arte o industria. No había otra cosa que un compuesto desleído de arena coralífera y multitud de conchitas univalvas... Mandé hacer algunas catas en diferentes puntos de esta plazeta, más teníamos que abandonarlas por la razón ya dicha, de que el agua filtraba, y completamente las obstruía. En este estado, se recogió del propio suelo el único pedazo de ésta como brecha blanda de huesos aglutinados que allí quedaba... y llevado todo a La Habana a la consulta especial de mi sabio amigo el naturalista D. Felipe Poey, allí se descompuso, para estudiar mejor estos fragmentos de huesos, y entre ellos se encontraron las partes que componían la rara mandíbula... Esta mandíbula ofrece una fosilización completa y por tanto, debe ser mucho más antigua su procedencia que la de los esqueletos, que hubo de ver allí D. Ramón Suárez en 1836.

El antropólogo español ofreció en su obra una descripción muy completa de la mandíbula, que según el dictamen de Poey era humana, y se refirió a alguna de sus características, entre ellas al gran desgaste de sus dientes, especialmente el de su canino izquierdo «enteramente trunco o usado, dejando ver la sustancia del marfil cercada de un borde esmaltado...». Sobre la importancia del descubrimiento, Rodríguez Ferrer comentaba: «Tal es la descripción de esta singular mandíbula, que encontrada por mi catorce años antes que la célebre de Moulin Quignon, que lo fue en 1863 cerca de Abbeville, y presentada también por mi en nuestro Gabinete de Historia Natural en 1858, no causó, sin embargo, ni la excitación que aquella entre los profesores de Francia (con ser más cierta y mucho más rara que la francesa)...».

Parece ser que la valiosa *mandíbula de Puerto Príncipe* estuvo depositada y olvidada durante ventidós años en el gabinete madrileño, hasta que fue reestudiada por el profesor Mariano de la Paz Graells, quien —a pesar de los dictámenes positivos de Felipe Poey— concluyó que la mandíbula no era humana. No contento con este nuevo juicio científico, Rodríguez Ferrer solicitó de la Junta Facultativa del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, un nuevo estudio del discutido ejemplar antropológico. El informe elaborado por la comisión del museo madrileño, tras la lectura de los anteriores dictámenes de Graells y Poey, confirmó la naturaleza humana de la mandíbula, tal como había sugerido el sabio cubano. Dicho documento acababa su comentario en la siguiente forma:

Antes de terminar este escrito, la comisión quiere expresar a la Junta el deseo de que se signifique al Ilmo. Sr. D. Miguel Rodríguez el aprecio con que ha recibido los mencionados objetos cuya significación es excusado encarecer, pues tanto los cráneos por su forma y aspecto singular y anómalo, cuanto la mandíbula por ser humana y además fósil, con la circunstancia de haberse hallado 14 años antes que la de Moulin Quignon que tanta fama dio al Sr. Boucher de Perthes, merecen se le den las gracias y se inscriba el nombre del donador al pie de los mencionados objetos. Madrid, 24 de marzo de 1871. Graells, Pérez Arcas. Vilanova, Ponente y Secretario (11).

Con este dictamen en sus manos, Rodríguez Ferrer presentó al Congreso de Americanistas ya mencionado los cráneos deformados y los estudios realizados en la mandíbula, los que ilustra con los dibujos de Poey y con una lámina preparada por Kraus, donde el ejemplar aparece visto por su norma posterior, de frente y de perfil, por el lado derecho. En su importante ponencia, recogía también un informe de M. Henri de Saussure, publicado en francés, y otro del investigador D. J. B. Hjar y Haro.

Es interesante destacar que la mandíbula de Puerto Príncipe fue exhibida en Madrid, con ocasión del citado Congreso de Americanistas, y que la revista *La Ilustración Española y Americana* (1881) en sus páginas 219 y 221, ofreció una información sobre la misma, así como un dibujo en el que aparecía incluida en una urna de cristal junto a un diente de hipopótamo, que al parecer fue atribuido por error a los materiales paleontológicos cubanos (12).

(11) *Ibidem*, vol. 1, pág. 164.

(12) Miguel RODRÍGUEZ FERRER, "La paleo-arqueología cubana en su instalación del Museo de Americanistas", *Revista de la Ilustración Española y Americana*, año xxv, nº xxxvii, Madrid 1881, págs. 219-221.

Lamentablemente, esta valiosa pieza de la antropología cubana se encuentra aún extraviada, a pesar de todas las indagaciones que hemos realizado hasta el presente. Hubiera sido muy interesante su datación cronológica, dada su supuesta fosilización.

Sin embargo, queremos expresar nuestro criterio en cuanto a que en este tipo de materiales, que hemos podido estudiar en otras localidades del país, sometidos a la influencia de impregnaciones de materiales calcáreos, bien fueran marinos o por la acción del agua carbonatada de las cuevas, éstos adquieren una gran mineralización, lo que les da un aspecto de gran antigüedad que no necesariamente tiene que ser cierta. Este es el caso de los llamados materiales de la Cueva del Purial en Sancti Spiritus, así como el de la mandíbula que Luis Montané encontró en esta espelunca, que sirvió para que el Dr. Ameghino crease su famoso *Homo cubensis* (13). Lamentablemente también esta última mandíbula ha desaparecido, pero conservamos en el Museo Antropológico Montané algunas piezas que poseen las mismas características, tanto tipológicas como en cuanto a su grado de mineralización, y en ninguna de ellas hemos visto indicios suficientes que nos hagan suponer una fosilización real.

Los descubrimientos de Rodríguez Ferrer, en el campo puramente arqueológico, no dejaron de ser importantes y prueba de ello es el hermoso cemí elaborado en arenisca, hallado en la hacienda Valenzuela, cercana a la ciudad de Bayamo, que es una de las piezas más relevantes de nuestra arqueología, conservada en la actualidad en los fondos del Museo Antropológico Montané, donde ocupa un lugar destacado en la sala de Arqueología.

Para terminar queremos expresar que la obra de Rodríguez Ferrer, a lo largo de estos años transcurridos desde que realizara sus hallazgos antropológicos y arqueológicos, ha sido siempre motivo de inspiración y de respeto por parte de los investigadores dedicados en Cuba al estudio de estas disciplinas, constituyendo siempre una valiosa fuente de datos, fundamental para el desarrollo científico del país.

MANUEL RIVERO DE LA CALLE

Universidad de La Habana

MIGUEL ANGEL PUIG-SAMPER MULERO

Centro de Estudios Históricos,

CSIC. Madrid

(13) F. AMEGHINO, "Una nueva especie extinguida del género Homo", *Obras completas y correspondencia científica*. Vol. 17, La Plata, 1913-36, págs. 401-405.